

La cabaña resonante

Sterling Jones



Ignoro si fue el zumbido melodioso que me despertó esa madrugada, pero sí fue lo primero que noté al sacarme de un sueño ilusorio. Le eché una mirada al reloj: eran las tres y un minuto. Me quité la colcha casera y me puse en guardia. Unas horas antes, cuando intentaba dormirme, el aullido del viento y los chirridos desconcertantes de esa cabaña antigua me habían impedido el sueño. Ahora la falta total de esos ruidos insufribles era perturbadora, pero más curioso aún era ese sonido casi musical que los había reemplazado.

Examiné la recámara polvorienta que me rodeaba y un desasosiego agobiante creció en mi pecho. Sólo llevaba una semana cuidando la casita de campo que dejaron mis abuelos, pero aun antes del zumbido la estancia había sido más que un poco inquietante. En marzo, mientras yo conmemoraba la muerte de Francisco Solano López en Asunción con mi novia, los pasatiempos erráticos de mi último abuelo viviente por fin llegaron a su colmo. Un estadounidense descuidado le había prestado un Cessna 172 para —según su reporte— “un experimento”. Desgraciadamente, mi abuelo no sabía nada de pilotear. Dicen algunos pescadores de calamares que vieron el Skyhawk caer del cielo y clavarse en la Bahía de Willapa a unas cinco millas de la costa, pero nunca se pudieron encontrar los restos.

Escondida en los bosques maduros del oeste de Washington, esta cabaña fue su proyecto más apasionado. Mi papá me pidió que la cuidara durante mis vacaciones y yo ya me arrepentía de haber aceptado la tarea. La segunda noche el viento no me dejaba ni descansar; la cuarta, pensé oír el ronroneo intermitente de un gato y me volví loco buscándolo. Ahora la resonancia que saturaba el aire era muy parecida, pero constante, baja y sonora. Quedé pensando unos minutos si debería tratar de encontrar la fuente de la molestia o volver a dormirme, mas la inquietud de la noche me convenció de que ya no iba a poder descansar.

Descalzo, me deslicé de la cama al suelo helado de madera. Con cada paso el piso desvencijado gemía de respuesta. Saliendo de la recámara, en la parte superior de la escalera, me detuve a descifrar el ruido. Era notablemente más fuerte desde allí, así que decidí bajar los peldaños chirriantes. Las paredes de la escalera parecían contener un sinfín de fotos familiares. Una en particular me llamó la atención. En ella, mi familia rodeaba la mesa y yo me preparaba para soplar las velas de cumpleaños de un pastel bañado en chocolate. A mi derecha estaba mi abuelo. Me acordaba muy bien de ese día. En ese entonces nosotros vivíamos en España y él en su cabaña en Washington. A nadie le había dicho que iba a venir, pero de todos modos repentinamente apareció en la tarde, justo antes de la fiesta. Le encantaba sorprendernos así y lo hizo muchas veces.

Mientras me preguntaba de dónde mi abuelo había sacado los recursos financieros para tales viajes inesperados, me acerqué a su despacho abandonado. Desde el umbral del cuarto quedó claro que el zumbido provenía de adentro. Libros y mapas anticuados yacían desplegados sobre el escritorio de roble, mas no se veía nada que pudiera producir ese sonido sobrenatural. Frenéticamente comencé a voltear libros en la estantería. Entre más me apresuraba a encontrar la fuente, más parecía aumentar el volumen.

De repente vi algo que me sorprendió. Entre una novela de G. K. Chesterton y una colección de cuentos argentinosse

asomaba un sobre amarillento. Apenas lo había tocado cuando el sonido que tanta molestia me había provocado de golpe desapareció. La resultante yuxtaposición entre el ruido incesante y el silencio total me infundió de ansiedad. Al inspeccionar el sobre, noté que estaba sellado con un lacre que llevaba los iniciales J.L.B. Eran los iniciales de mi abuelo. En la parte delantera estaba escrito a mano un verso de Eclesiastés: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que quiere bajo el cielo tiene su hora”. Palpándolo logré descifrar la forma de un metal denso. En un instante, una misteriosa curiosidad de saber los contenidos me consumió. Sin razonarlo, sin detenerme para pensar lo que estaba haciendo, rajé con furia el papel. Inmediatamente se soltó un pitido ensordecedor. Quedé paralizado. El sobre y el objeto desconocido que hospedaba se escabulleron por mis dedos. Lo último que oí en medio del estruendo fue el timbre del rebote de un metal que jamás conseguiría ver.

La siguiente mañana me desperté en el suelo. El sobre desgarrado quedó aplastado bajo mi mano izquierda, completamente vacío.